

**EJERCICIOS
DE ENCUADRE**

Ejercicios de encuadre
Carlos Araya Díaz

1ª edición - Santiago: Editorial Cuneta, 2014
144 p.; 13,97 x 21,59 cm.
ISBN: 978-956-8947-323
Colección *Almácigo*, vol. 02

R.P.I.: 229.028

© **Carlos Araya Díaz**

© **Editorial Cuneta**

Arzobispo Casanova 26 (ex 3), Santiago, Chile

Fono: (2) 29 46 01 79

contacto@editorialcuneta.com

www.editorialcuneta.com

COLECCIÓN ALMÁCIGO

Editor: Galo Ghigliotto

Diagramación: Galo Ghigliotto

Diseño de cubierta: Ian Campbell

Fotografía del autor: Nacho Rojas

Carlos Araya Díaz

EJERCICIOS DE
ENCUADRE

EDITORIAL  CUNETA

Puedo sentir cómo los encuadres de mi vida se arraigan en la sangre de mi ojo. No puedo ver y busco alguna zona de ruido casi imperceptible, me introduzco y me quedo ahí; en las gotas que caen al piso desde un grifo durante un incendio, en la corriente de aire de un hospital abandonado, en el motor de un automóvil de los años noventa al estacionarse, en el ruido de un refrigerador descompuesto, en una reja al abrirse a lo lejos, en los predicadores callejeros del Paseo Ahumada, en mi respiración al quedarme dormido con un relajante muscular, en el silbido de mi padre o en tu voz, Marcia.

Al salir por primera vez, tomé una micro cualquiera y viajé por la ciudad sin pagar. Me gustaron las sombras que se proyectaban sobre mis brazos. No me senté, estuve de pie hasta bajarme en un paradero frente al hospital San Juan de dios. Después de bostezar y pasarme las manos por los ojos, caminé hasta el parque de Quinta Normal; vi cómo la luz caía, sobre la cara de una escolar, sobre los brazos de una anciana a través de un árbol. Me puse a correr y sin pensarlo mucho me tiré a la laguna artificial. Abrí los ojos bajo el agua. Tuve ganas de ejercitar mi cuerpo; hacer abdominales o flexiones de brazos, pero me acosté sobre el pasto, y me quedé ahí hasta secar mi ropa bajo el sol.

Volví a casa y mi madre me estaba esperando. Después de varios días pude volver a mear, aprendí de a poco a estar solo con mi cuerpo.

Hoy cumplí sesenta días en libertad. Mañana volveré a tener un trabajo.

Es la protección de la lluvia y del calor en el verano. Es el refugio de cientos de personas que esperan o buscan algo. Es el refugio de las bombas lacrimógenas y de las horas perdidas en el colegio.

Se me paga para mirar a través de una cámara de seguridad por ocho horas al día. Un plano secuencia interminable. Un monitor que me cierra o me abre el mundo.

Esta galería es como los pasillos que yo caminaba desde mi celda hasta el patio. Pero ahora yo soy el gendarme y mi deber es cuidarla hasta la muerte.

Creo verte, te pareces a ella, podrías ser tú Marcia, no estoy seguro. Tengo dudas.

Ya no tienes veinte años.

Eres una mujer sin rostro que deambula por mis pasillos.

Solo veo tu espalda.

Tu nuca.

El ritmo de tu caminata.

La imposibilidad de ver o saber de tu rostro.

Te encuadro pero no puedo entrar en el eje de tu mirada.

Busco una vitrina que te refleje.

Algo pasa allí en medio de esa porción de carne cubierta por una blusa gris.

La columna vertebral.

Yo no voy al lugar del crimen. Tu cuerpo vuelve a mí.

Sólo cuando la pantalla está en negro, al inicio y al final de la jornada, puedo ver mi reflejo.

La espalda se transforma en tu rostro. Caminas por estos pasillos anónimos que te refugian de tus fantasmas, de mí. Llevas ropa en bolsas de plástico celeste. No sé si fui el fotógrafo de guerra o el milico que portaba el arma en nuestra guerra que duró un par de minutos. Recuerdo algunas imágenes de ese día:

Un colchón abandonado en medio de un sitio eriazo. Un grupo de obreros de casco rojo colgando una gigantografía, en la impresión, una mujer rubia con la mitad del cuerpo sumergido en una piscina en altura, mientras observa una panorámica de Santiago sin contaminación. En primer término, tú, dándole la espalda al cartel, dándome los ojos a mí. Era la primera vez que te veía, tenías algo parecido a mi madre, tal vez un gesto, el color de pelo, la forma de caminar, un objeto que llevabas en la mano. Algo tuyo se imprimió en mis ojos y no pude escapar, te seguí. Lo que viene fue regrabado por mi mente, en vez de mi cuerpo sobre el tuyo, recuerdo la primera vez que fui al Fantasilandia: El vértigo, la sensación repentina de la muerte, la adrenalina, el grito, la atracción, el rechazo, la vida y las ganas de vomitar sobre el pasto del parque O'Higgins. Olías a detergente

y a otros productos de limpieza. Tenías pintura en la tela de tu ropa. Marcia, vi tu nombre, tu fecha de nacimiento y tu huella en el carnet de identidad que escondí bajo la tierra. Yo nací en dictadura y tú en democracia. Mientras me movía sobre tu cuerpo, pensaba en los dedos mojados de la persona que le imprimió las hojas al presidente de Chile, para que diera su discurso el 21 de mayo. Había sangre, semen y agua. No recuerdo de donde venía el agua.

Marcia, si vuelves aquí no podré rechazarte. Si eres tú, tendré que seguirte a donde quiera que vayas.

En un extremo de la galería un niño se suelta de la mano de su padre y corre, en el otro, dos ancianos se reencuentran después de varios años, pero no se reconocen.